

La suite del humor

El círculo infernal de los humores

Fernando Morlanes Remiro

Son gentes que caminan sin sentido, porque les han dicho que los caminos deben ser así y que eso es algo que no pueden cambiar

A mitad del camino de la vida
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida.

Dante Alighieri; *Divina comedia*. “El Infierno”.

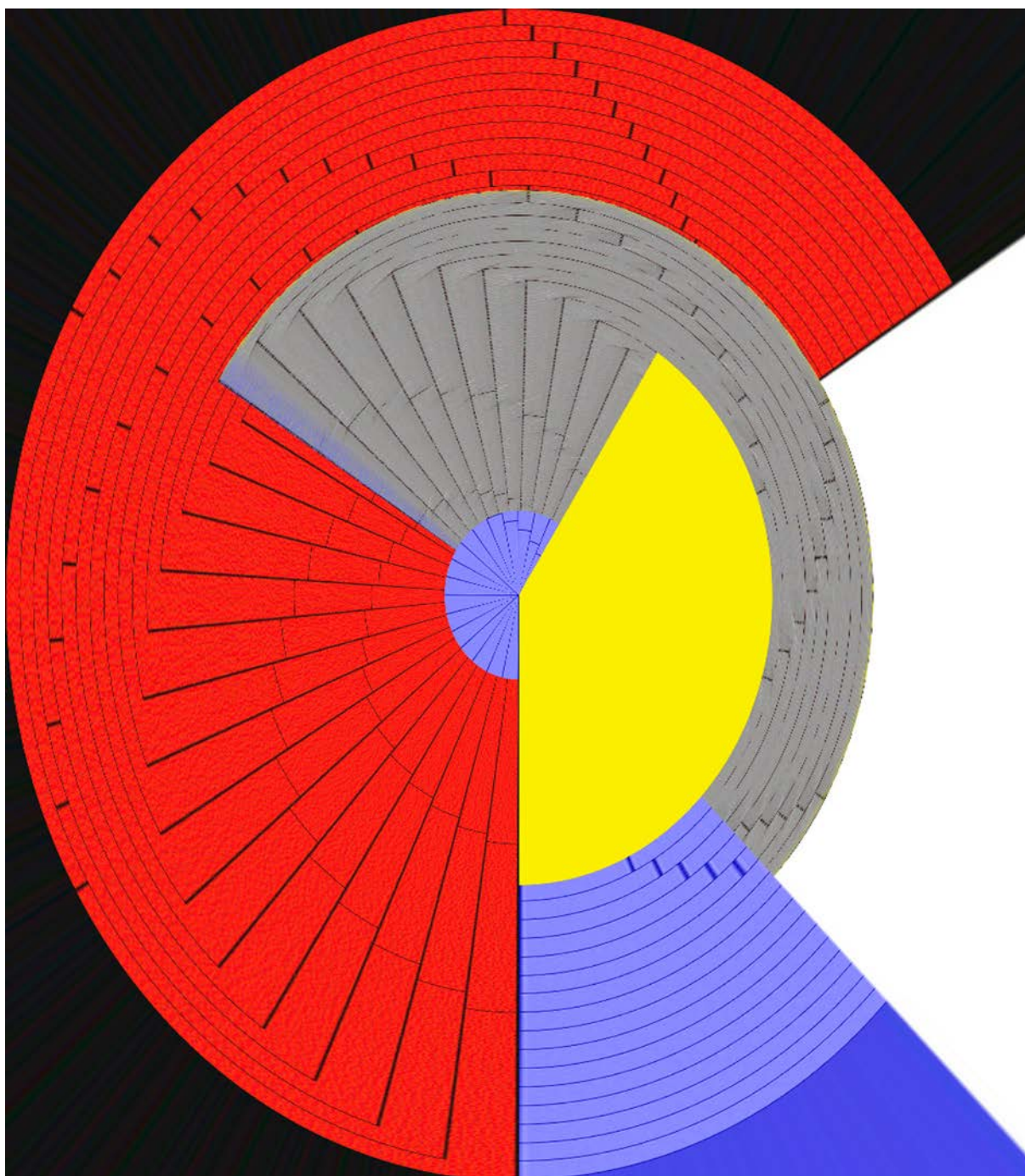


ILUSTRACIÓN: Sin título (Pilar Catalán)

Humor	Estación	Elemento	Órgano	Cualidades	Adjetivación antigua	Adjetivación moderna	Características antiguas
sangre	primavera	aire	corazón	caliente y húmedo	sanguíneo	artesano	valiente, esperanzado, amoroso
bilis amarilla	verano	fuego	hígado, vesícula biliar	caliente y seco	colérico	idealista	mal temperamento, fácil de enojar
bilis negra	otoño	tierra	bazo	frío y seco	melancólico	guardián	abatido, somnoliento, depresivo
flema	invierno	agua	cerebro/pulmón	frío y húmedo	flemático	racional	calmado, indiferente

TABLA: Artículo de Francisco Cortés, noviembre de 2007. <http://diccioned.eusal.es/palabra/humor>

Sí que es oscura esta selva. Y el laberinto enorme. Al igual que el Dante en su “Infierno” yo me hallaba, porque pasando por la vida me dio por observar y, seguramente errado, una sinrazón obsesiva se apoderó de mí; mas proseguí este viaje angustioso y perverso que transcurre por sendas retorcidas que me desorientan.

A veces, amanecen días tristes y otras veces luce el sol. Esas tensiones volubles no suelen preocuparme. Son otras las cosas que me sacan de mis casillas y me procuran “un cansancio enorme en el alma de mi corazón”¹. Total, que esta bondad sanguínea que a diario me acompaña, en ocasiones, no me proporciona aire suficiente para respirar. Entonces se me gira el temperamento y con suma facilidad fluye mi enojo, me enervo, me vuelvo colérico o me invade la melancolía o sonrío de un modo estúpido a la par que flemático.

Muy a mi pesar continué avanzando en este viaje y me encuentro gentes tan desorientadas como yo que guiadas por una estatua con trazas de profeta no cesan de dar vueltas sin destino: “acá, allá, acullá...” “cual estorninos que en los invernales / tiempos vuelan unidos en bandada”, tal como describiera Dante. Son gentes que caminan sin sentido, porque les han dicho que los caminos deben ser así y que eso es algo que no pueden cambiar. Esto es, se quedan paralizados o viven como si hubiesen regresado a la Edad Media (como poco) renun-

ciando al libre albedrío.

No les agrada el paisaje y les agota ese estancamiento circular que les abraza; pero piensan que cualquier variación les precipitará al vacío y que, al fin y al cabo, ese es su destino: girar y girar sin oponerse al magnetismo del orden establecido; como si esa idea, que nunca les ha pertenecido, les inyectase una droga paralizante que los dejase abatidos, somnolientos, totalmente deprimidos, sumergidos en un eterno otoño de tierra improductiva.

“ Y fue de razón tanta codicia que tuvieron los esclavos por no perder su cadena, que a su profético guía ladrón todos siguieron. ”

Mucho peor resulta si alguna vez se indignan porque la estatua profética que les guía les ha robado su sustento. Y buscan otra imagen profética y salvadora; aunque el riesgo de una nueva apuesta apaga el intenso fuego de verano que les había malhumorado, que les había empujado por el camino del idealismo y de la justa cólera. Ya digo, otra vez paralizados regresan al frío y seco otoño del que procedían. Melancólicos, abatidos, en bandada continúan volando en círculos los dantescos estorninos tras el profeta ladrón sin atreverse a variar un ápice el rumbo de su vuelo. Y tal vez sea así porque, como afirma Pessoa —quiero creer que con dañina flema—, “si no hubiera gente inteligente que hiciera notar los diversos malestares humanos, la humanidad

ni se fijaría en ellos”.

Y fue de razón tanta codicia que tuvieron los esclavos por no perder su cadena, que a su profético guía ladrón todos siguieron cuando se sumergió en las aguas frías del invierno. Sin embargo, “Toda bestia protege su piel; / aunque la dominan, amaestren o aten, / si puede, se desata”²; pero aquí no. Aquí todos esperan ser liberados. Y todos los salvadores sonrían con flema, esperando su momento, agitándolos desde su calma fría y húmeda mientras extienden la oportuna factura por los servicios que no piensan prestar, mientras contemplan con indiferencia la dolorosa quietud y adocenamiento de ese pueblo de estorninos suspendido en bandadas al lado del camino en un eterno vuelo giratorio.

Y alguien habrá, sin duda, que desee que sueñen con la anhelada primavera; que obre con generosidad pensando que la “chusma” también tiene su corazoncito, que puede ser valiente, que ama un futuro colectivo en el que cree y en el que se halla esperanzado. Creador, artista o artesano, cálido y húmedo (como el sexo) se acercará para dar vida a ese pueblo desorientado en su fijación circulatoria y, el creador, artista o artesano, querrá creer que ese pueblo desea emprender nuevos caminos, romper el círculo con un potente empuje sanguíneo que, como al poeta, le procure “otro milagro de la primavera”³.

Pero el estado natural de esa bandada de estorninos es la me-

1 Pessoa, Fernando; *Libro del desasosiego: Compuento por Bernardo Soares, ayudante de tenedor de libros en la ciudad de Lisboa*. Barcelona: Acanitilado, 2002.

2 Villon, François; “Preguntas al clérigo del pos-tigo” en *Poesía*. Madrid: Alianza Editorial, 1980.

3 Machado, Antonio; “A un olmo seco” en *Poesías completas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1969.

lancolía o, como mucho, la indiferencia. Tienen ánimo destructivo o pasividad ante la destrucción. No obstante, desean aparentar generosidad y compensarán las esperanzas y desvelos del “artesano” levantando monumentos o bautizando con su nombre una calle, un parque, un teatro o un recinto deportivo. Esta audacia provocará la protesta del profeta ladrón que se sentirá despreciado y exigirá que se le dedique en vida, una plaza mayor, un parque más grande, un monumento faraónico y, por supuesto, una calle principal. Porque así piensan que quedan inmortalizados, presentes para siempre en los devenires y preocupaciones de la humanidad. ¡Falso espejismo! Con el tiempo se pierde la memoria y cuesta trabajo recordar el extraño nombre del artesano. Incluso en tiempos más cercanos, las gentes que atemorizó tiránicamente aquel profeta ladrón se envalentonan y le pierden el respeto (aunque sea por momentos) recordando a aquel pobre estornino que mando asesinar a una edad tan joven, y gritan: “¡Basta! No rendiremos honores ni recuerdo a un asesino”; y eso, aunque solo sea por un momento, les dignificará, limpiará sus miradas. Así, los estorninos continuarán, sin duda, su vuelo circular; pero a su paso desaparecerán las calles, las plazas, los parques, los monumentos que, muertos de miedo, dedicaron al tirano y sus secuaces, y seguro que alguno más pagará los platos rotos, pero no dejará de ser un diminuto daño colateral (no como otros daños colaterales que provocan los tiranos) producido por una acción justa.

Todo esto no cambiará nada. Todo desaparecerá, porque todo se lo lleva el tiempo. Hasta los nombres que aprendimos en la escuela. Pero el camino circular parece anclado en el tiempo; mantiene a la humanidad paralítica, dormida, ni siquiera el anuncio de su infernal destino la despierta:

“POR MÍ SE VA A LA CIUDAD DOLIENTE, / POR MÍ SE VA AL ETERNAL DOLOR, / POR MÍ SE VA CON LA PERDIDA GENTE” (Así aparece en el Canto III del “Infierno” que Dante nos legara). Toda la humanidad, bandada inútil, se arrastra hacia el infierno que ella misma ha construido.

“ Pero el camino circular parece anclado en el tiempo; mantiene a la humanidad paralítica, dormida, ni siquiera el anuncio de su infernal destino la despierta. ”

Y se dirá que en el Universo todo gira alrededor de algo, todo se repite. Ya hemos visto que hasta los humores recorren las estaciones para indicar el punto del círculo en el que nos hallamos. Aunque, a mí, me da por pensar que es diminuto el espacio de tiempo sobre el que observamos tal quietud y que no siempre fue así. Ahí tenemos a Ovidio recordándonos en su *Metamorfosis* que antes de esta Tierra que conocemos existió el Caos. O la misma Biblia que nos habla de lo que fue en principio sin definir lo que había antes de ese principio. No obstante, los cambios han ido sucediéndose desde la prehistoria a nuestros días y siempre han causado alarma, miedo y dura reacción.

Es cierto que desde el vigor sanguíneo deviene una malhumorada cólera que nos produce un abatimiento melancólico, pero, al final hay una calma flemática en la que podemos descansar y recargar las pilas para poder surgir de nuevo con nuestro vigor sanguíneo. Ese círculo aparece como algo insalvable, eterno. De ese modo está constituida nuestra materia y nuestra energía. Materia y energía que, como sabemos, ni se crea ni se destruye, se transforma. Solo

la metamorfosis podrá romper la inercia de ese círculo viciado que, apoyado en el miedo a cambiar, nos impide vivir.

Pero, mientras tanto, hasta en este artículo estamos sumergidos en ese círculo infernal de los humores, pues no sabemos salir de esta selva oscura por la que caminamos perdidos.